

Carlos Larrinaga (ed.), *Luis Bolín y el turismo en España entre 1928 y 1952*, Madrid, Marcial Pons, 2021, 226 páginas



Esta reseña está sujeta a una licencia / Esta recensão está sujeita a uma licença
“Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” (CC-BY-NC).

DOI: [10.24197/tst.49.2022.156-158](https://doi.org/10.24197/tst.49.2022.156-158)

Existen carencias sorprendentes en los repertorios biográficos del siglo XX español y una de ellas es, sin duda, la de Luis Bolín Bidwell. Bolín es conocido sobre todo por su implicación en la contratación del avión que trasladó a Franco desde Canarias a Marruecos en los primeros momentos de la Guerra Civil y por su actividad política durante el conflicto. Mucho se ha escrito acerca de sus encontronazos con Arthur Koestler y de la iniciativa propagandista que fue la organización de las Rutas de Guerra, pero apenas ha sido estudiado su fundamental papel en diferentes puestos de la administración turística española del segundo cuarto del siglo. Más allá del hombre de acción que participó en diferentes sucesos de la Guerra Civil, Bolín estuvo al frente de los departamentos oficiales de turismo entre 1938 y 1952 y su experiencia en la gestión de un sector todavía en ciernes se remontaba a una década antes.

El libro que coordina Carlos Larrinaga aspira a ofrecer un amplio y completo análisis de la labor de Luis Bolín en el sector turístico español. A través de seis capítulos redactados por especialistas se van recorriendo las diversas etapas en las que tuvo protagonismo y responsabilidades de gestión. No se trata de una biografía del personaje, que sigue pendiente, sino de un estudio del turismo en España en una etapa de transición entre el modelo elitista de principios de siglo y la gran eclosión que arrancararía a partir de los años cincuenta. Y en ese periodo el papel de Bolín, un periodista nacido en una acomodada familia malagueña, fue fundamental.

Inició su trayectoria como gestor ocupando la delegación regional del Patronato Nacional de Turismo en Andalucía, Canarias y el Protectorado de Marruecos. María José Rodríguez Pérez se encarga de abordar los tres años, entre 1928 y 1931, en los que desempeñó esa responsabilidad. Rodríguez sitúa brevemente al personaje en su origen familiar y antecedentes profesionales antes de acceder a la administración turística e indica los aspectos relevantes de su carácter: seguridad en sí mismo, capacidad de gestión y personalismo con ribetes autoritarios. La labor del delegado tuvo como ejes la promoción internacional de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, el desarrollo del potencial turístico de determinadas localidades a

partir de la creación de equipamientos adecuados y la preparación de itinerarios que aprovechaban las recién asfaltadas carreteras del Circuito Nacional de Firms Especiales. La llegada de la República trajo consigo el cese de Bolín, que se convirtió en un acérrimo detractor del nuevo régimen desde su recobrada corresponsalía de ABC en Londres.

Carlos Larrinaga aborda la actuación de Bolín al servicio de la causa nacional. Sus valiosos servicios a Franco en los primeros momentos de la Guerra Civil le valieron la jefatura del Servicio Nacional de Turismo, dependiente del Ministerio de Interior, que fue creado en febrero de 1938. Bolín, con la colaboración de Arturo Grau, acometió la reconstrucción de la administración turística en la España franquista, con el objetivo de obtener divisas gracias a la llegada de turistas y hacer una intensa labor de propaganda para contrarrestar en el exterior la que realizaba a su vez el gobierno republicano. La más importante iniciativa de Bolín, que era novedosa en el contexto internacional, fue la organización de las Rutas de Guerra, planteadas como circuitos en autobús por zonas afectadas por el conflicto.

Una vez terminada la guerra el organismo que dirigía Luis Bolín se transformó en la Dirección General de Turismo. La recuperación de las actividades turísticas se encontró entonces con el inicio de un conflicto armado de alcance mundial que, al menos hasta 1945, redujo su campo de acción básicamente al mercado nacional, sin desdeñar cualquier posibilidad de promoción exterior. La acción de Bolín en este periodo y su contexto centra los contenidos de los siguientes cuatro capítulos.

Carmelo Pellejero y Marta Luque analizan la amplia etapa en la que la Dirección General de Turismo estuvo gestionada por la fuerte personalidad de Bolín, entre 1939 y 1952. Su labor, limitada por las restricciones presupuestarias, se centró en la mejora y ampliación de la red de alojamientos turísticos estatales (paradores), la promoción (interior y exterior) y la creación de una empresa pública dedicada a la explotación de rutas turísticas. Bolín también estuvo al frente del Sindicato Nacional de Hostelería y Similares, que representaba los intereses de los empresarios de un sector sometido, como el resto de las actividades económicas, a un rígido intervencionismo estatal.

Beatriz Correyero profundiza en el aspecto político de la gestión de Bolín y en su papel como propagandista de la imagen de la España de Franco. El turismo se convirtió en un instrumento útil para la legitimación internacional del régimen, al mismo tiempo que se encargaba de fomentar la conciencia turística en el interior del país. La utilización política de las Rutas Nacionales, herederas de las Rutas de Guerra, por ejemplo, servía para trans-

mitir una sensación de normalidad y preparaba al país para recibir las corrientes turísticas que debían retomarse después del conflicto mundial. En el exterior dirigió sus esfuerzos a crear una imagen de marca-país basada en la proyección de valores diferenciales que permitieran posicionar y mejorar la reputación de España a nivel internacional. España era diferente y eso era una virtud para explotar desde el punto de vista propagandístico.

El carácter personalista de Bolín y del propio régimen implicaba una centralización de la gestión del sector, aunque se mantuvieron las juntas provinciales y locales existentes como estructura periférica de la Dirección General de Turismo. Saida Palou se ocupa del caso particular de Barcelona analizando la evolución de los organismos de promoción turística catalanes entre la Dictadura de Primo de Rivera y la etapa autárquica.

El libro se cierra con un trabajo de Carmen Gil de Arriba sobre las geografías turísticas del primer franquismo, un periodo que a menudo se ha entendido como un paréntesis en la actividad del sector por las circunstancias bélicas, las penurias internas y el aislamiento exterior. El legado de Bolín estuvo, de alguna manera, en la articulación territorial del uso turístico del patrimonio cultural y natural del país, antes de que el posterior turismo de masas rompiera ese modelo relativamente equilibrado a favor de los espacios costeros.

La recuperación de las corrientes turísticas a partir de 1946, a pesar del aislamiento internacional y de la sobrevaloración de la peseta, propició la creación en 1951 del Ministerio de Información y Turismo, que desgajaba esta materia del de Gobernación. Solo unos meses después Bolín era sustituido al frente de la Dirección General de Turismo por Mariano de Urzáiz y pasaba a trabajar como consejero de la embajada española en Estados Unidos de América.

Aunque hay algunos solapamientos entre los contenidos de los trabajos que componen este libro, sin duda responde a su objetivo de ser una valiosa contribución a la historia del turismo en la España del segundo cuarto del siglo XX a través de un personaje que representa la continuidad entre los planteamientos del sistema turístico de la Dictadura primorriverista y el del primer franquismo. Queda pendiente esa biografía de Luis Bolín que nos ofrezca una perspectiva completa de tan singular y controvertida personalidad.

VÍCTOR HEREDIA
Universidad de Málaga
vmheredia@uma.es